

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

70

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2013

MUNDO EDITORIAL

LA DECADENCIA DEL LIBRO

de MALCOLM OTERO BARRAL

Que el sector editorial vive uno de los peores momentos de las últimas décadas es una obviedad, pero lo curioso es que este descenso vertiginoso no se ha producido, como auguraban los profetas de las tecnologías, por una masiva migración de los lectores hacia los soportes digitales sino, más bien, por un asunto meramente económico y relacionado con la crisis como es la caída del consumo, que se ha dado de manera general pero más, si cabe, en los productos de índole cultural que el público parece considerar claramente accesorios. Pero justificar la decadencia del sector solamente con factores exógenos resulta un tanto simplista y no parece corresponderse del todo con la realidad.

Para empezar, desde hace algún tiempo, se produce una extrema concentración de los títulos vendedores. Esto es, nunca se habían vendido tantos ejemplares de tan pocos libros. Con los fenómenos de Dan Brown, Stieg Larsson, Carlos Ruiz Zafón, Ildefonso Falcones

o María Dueñas se han conseguido cifras muy pocas veces alcanzadas en las supuestas épocas doradas del sector editorial. En principio, acercar el libro, o al menos algunos títulos, a un fenómeno de masas debería ser positivo. Lleva gente a las librerías y facilita su supervivencia. Pero la falta de musculatura editorial nos trae también el reverso de este milagro: intentar replicar el éxito con elementos superficiales. Las abultadísimas ventas de la trilogía de *Millennium* hicieron que

editores de diferente pelaje se tiraran a pecho descubierto a por autores escandinavos como si la raíz del éxito fuera que sus autores sean de origen nórdico. Ahora que lo más vendido es una trilogía que, según cuentan, tiene efectos lúbricos en las lectoras de mediana edad, muchos editores ponen todas sus energías en literatura de tintes eróticos para intentar situarse en la estela del éxito de *Cincuenta sombras de Grey*. Casi nunca funciona, como no funcionaron los remedos de Harry Potter o los cientos de variantes de complots vaticanos que pretendían repetir las cotas alcanzadas por *El código Da Vinci*. Son recursos perdidos, lanzamientos fallidos y un desgaste considerable del engranaje de esta madura industria del libro. Editores manejados por directivos que extraen peregrinas teorías de comportamiento del lector hasta llegar al paroxismo. Como ejemplo, un alto ejecutivo de un gran grupo editorial dijo en una reunión frente a muchos editores “todavía queda recorrido para más templarios”. Es decir, póngame cuarto y mitad de templarios sazonados con intriga y, si es posible y para seguir los tiempos, con moderada carga de lascivia.

+Libros, libros y ¿más libros?



Pero no es solamente una cuestión editorial, también lo es periodística. El empequeñecimiento de la labor crítica ha llegado al extremo de que hasta los suplementos prefieren una reseña descriptiva y, por definición poco conflictiva, a una crítica severa y rigurosa. En consecuencia, el peso mismo de la crítica se ha reducido hasta perder no solo la posibilidad de incidir en el debate literario sino hasta la más mínima capacidad prescriptiva. La prima menor de la crítica literaria, la prensa cultural, tiene también su cuota de responsabilidad; ha sido connivente con los más vergonzosos amaños del sector y ha hecho gala de un nepotismo sin fisuras, además de una flagrante dejación de los más básicos principios periodísticos. V. S. Naipaul, literato de célebre mal carácter, exige a sus entrevistados que hayan leído su obra antes de entrevistarlos. Sinceramente, lo que el desabrido premio Nobel requiere a los periodistas debiera ser siempre de obligado cumplimiento pero, interroguen a cualquier autor, es muy excepcional y raramente las preguntas van más allá de lo que reza el texto de solapa, que, por lo demás, suele contener un alto porcentaje de ditirambo y escasa profundidad. No digamos ya las ruedas de prensa con escritores, en las que —esto no ha dejado de sorprenderme a lo largo de los años— los reporteros tienden a mostrar una sobrevenida timidez y no suelen preguntar. Más de una vez, al contrario que en las ruedas políticas, he visto al editor decir “se admiten preguntas”.

Aunque no debemos engañarnos, la última palabra la tiene el lector. Y, si nos fijamos en la lista Nielsen, la más fiable en cuanto al comportamiento comercial de los libros, observamos en la lista de ficción muy pocos autores patrios propiamente literarios, y ningún autor, literario reitero, de menos de 45 años entre los cien primeros. Se me dirá con razón que las ventas no han sido nunca un asun-

to literario. Y obviamente no pretendo que lo sean, pero no deja de ser sintomático que ninguna de las apuestas literarias —algunas muy audaces— de los escritores que están llamados a explicar las inquietudes de una generación (como lo hicieron en su momento Javier Marías, Antonio Muñoz Molina, Ignacio Martínez de Pisón y más adelante Ray Loriga o José Ángel Mañas) haya conseguido conectar con los lectores como sí lo hicieron en mayor o menor medida sus predecesores. ¿Dónde están hoy esos treintañeros talentosos que han de cautivar a sus contemporáneos? Puede que los esfuerzos por tener miles de seguidores en las redes sociales no den los frutos esperados en cuanto a atraer lectores, quizás sea también que los lectores tiene un detector infalible para el autobombo y eso crea rechazo, acaso resulta que tener un blog atractivo no es credencial suficiente para los lectores o es posible que las propuestas no fueran tan audaces como se creía y el abuso de lo fragmentario, el yoísmo exacerbado y el recurso de las múltiples referencias pop fue flor —o florecilla— de un día y sea esta una generación con vacío literario en España y, por extensión, un vacío del sector del libro. —

LITERATURA CONVERSACIONES MONTAÑESAS

—JORGE EDWARDS

Durante las vacaciones europeas del año pasado, hice un breve viaje a Chile, me enredé, o me dejé enredar, en interminables cuestiones ministeriales, pasé frío, me mojé con la lluvia y no llegué a ninguna conclusión interesante. Ahora vine al pueblo cantábrico de Comillas, lugar que conocí en épocas mejores, gracias a mi amigo y editor Antonio López Lamadrid, y he gozado de unas vacaciones insuperables: lectura, escritura, contemplación del mar desde mi habitación de hotel, reen-

cuentros diversos, en lugares variados de la geografía montañesa, con viejos amigos y con algunos nuevos. Tenía algunas nociones, pero ahora he descubierto, en pocos días, aspectos extraordinarios de una región que se extiende entre Santander, Laredo, algunos pueblos de Asturias, Oña y Burgos por el sur. Mucha gente pasa el verano por estos lados, en casas de campo, de playa, en mansiones santanderinas, que me recordaron hasta cierto punto, guardando algunas distancias, las buenas casas del Viña del Mar de mi juventud, del barrio de Chorrillos, de Reñaca y sus alrededores. Me encontré, también, con una forma de conversación, con apasionantes países de la memoria o, si quieren ustedes, de la historia privada.

Por ejemplo, me enteré anoche de que hubo un curioso intento de canonizar a don Marcelino Menéndez Pelayo, el autor de la enorme *Historia de los heterodoxos españoles*. No hablo de un intento figurado, no empleo una metáfora. Los admiradores de don Marcelino, entusiastas, fanáticos, incondicionales, llegaron al extremo de pedirle al papa, creo que Pío XII, que iniciara el proceso de su canonización. En su análisis crítico de la heterodoxia, de la blasfemia, de la herejía, don Marcelino acumulaba méritos indudables. Pero el examen de su vida privada arrojó resultados nefastos, que terminaron con el intento de canonización sin réplica posible. Se comprobó que don Marcelino tenía la desgraciada costumbre de ir a casas de mala reputación, y su asistencia era imposible de ocultar. En esos tiempos, existía el hábito de formar cola, pero cuando los clientes divisaban a don Marcelino, le cedían los lugares, por respeto, y le pedían que pasara adelante. Se dice que el polígrafo, a sus veintidós años de edad, hizo oposiciones en contra de don Emilio Castelar, político y orador célebre, citado con frecuencia por don Arturo Alessandri Palma, y le ganó.

Fue el catedrático más joven de España. Pero ser santo del santoral católico ya era otra cosa.

En la reunión había un gran experto en arte, coleccionista y economista, cosa que me permitió conocer relaciones curiosas de los artistas con el dinero. Velázquez, el pintor de *Las meninas*, era, como ya se sabe, un notable anticuario, pero yo no había escuchado nunca que Marcel Proust hiciera operaciones eficaces de Bolsa, en los años mismos en que vivía encerrado y escribía su novela monumental. Expresé dudas, con abierta mala educación, y me dieron pruebas documentales y referencias que no conocía. Supe, sin ir más lejos, que el abuelo materno del novelista, de apellido Weil, era corredor de la Bolsa de París. La gente que opera en la Bolsa habla del tema en las conversaciones familiares y los niños se impregnan desde sus primeros años. Aprenden desde muy temprano a conocer un título, a conocer el significado de la palabra “cotización” y de la palabra “dividendo”. Eso me consta por experiencia. Y Marcel Proust, a quien llamaron durante años “el pequeño Marcel”, tuvo que manejar con habilidad sus bienes hereditarios para dedicar doce o más horas del día a la elaboración de su manuscrito, o para poder contemplar sin la menor distracción un cuadro de Vermeer, o para recuperar una sensación visual u olfativa que había perdido en Venecia. Sí, señores. Visité la ciudad normanda de Illiers, el Combray de Marcel Proust, como dicen las señales del camino, y conversé con el doctor encargado de la casa de veraneo de la familia, un antiguo amigo del hermano médico de Proust. Había convencido a Mario Vargas Llosa para que se uniera a la excursión, a cambio de acompañarlo después a una visita flaubertiana de alguna clase. El doctor y curador de la casa “de tía Léonie” nos dijo que Proust había muerto en un departamento del Boulevard Haussman de París. Me

permití corregir el dato del amable doctor y presidente de la sociedad de amigos del escritor. Proust, en realidad, junto a su manuscrito de más de un metro de altura y no terminado, en su habitación acolchada para amortiguar los ruidos de la calle, había muerto en el número cincuenta y tantos de la rue Hamelin, a pocos metros de la avenida Kleber, no lejos del Hotel Raphael, que todavía existe. El simpático doctor se golpeó la frente, reconociendo su error, y exclamó: “Ces sud-américains savent tout!” (¡estos sudamericanos lo saben todo!). Yo me abstuve de decir que vivía muy cerca y que pasaba frente a la placa del autor de la *Recherche*, que correspondía ahora a un hotel de barrio, casi todos los días. La librería Au Sans Pareil, uno de los templos del surrealismo de los años veinte, editora de los manifiestos de Vicente Huidobro, hoy día desaparecida, quedaba a la vuelta de la esquina. Y ya que he mencionado a don Arturo Alessandri, puedo informar, sin pedirle a nadie que me canonicé, que durante su exilio de los años veinte vivió en la rue Boissière, al otro lado de la avenida Kleber, a metros de la Plaza de Victor Hugo.

La conversación montañesa me sacó de las montañas, como advertirán ustedes, pero podría regresar con facilidad a sus vericuetos, a sus desfiladeros geográficos y mentales. —

POESÍA JACQUES DUPIN (1927-2012)

de AURELIO ASIAIN

El nombre de Jacques Dupin está ligado inevitablemente al de René Char —su mentor, su maestro, el prologuista en 1950 de su primer libro, *Cendrier du voyage*—, lo mismo que al de los poetas a quienes convocó mucho más tarde, a mediados de los años



•El poeta Jacques Dupin.

setenta, alrededor de *L'Éphémère*, la hermosa revista patrocinada por la Galería Maeght: Yves Bonnefoy, André du Bouchet, Paul Celan, Michel Leiris, Louis René des Forêts. Y al de otros amigos poetas esenciales: Francis Ponge, Pierre Reverdy, Henri Michaux. Giran alrededor del suyo también los nombres de los artistas cuyos talleres frecuentaba y con los que cultivó una amistad fructífera en exposiciones, catálogos, monografías muchas veces pioneras, ensayos siempre reveladores y, sobre todo, poemas expresa o tácitamente escritos a su luz: Joan Miró y Alberto Giacometti, para empezar, y después Georges Braque, Antoni Tàpies, Pierre Alechinsky, Francis Bacon, Constantin Brancusi, Eduardo Chillida.

¿Qué hay en común en todos esos artistas y poetas, tocados todavía por el fervor de las vanguardias pero marcados por la pesadumbre de la posguerra, la crisis del humanismo y el escepticismo ante los poderes del lenguaje propios del estructuralismo y sus secuelas?



Foto: EFE

Quizá, por encima de la herencia surrealista y el espíritu crítico, compartan sobre todo una estética del despojamiento y la imperfección —“la imperfección es la cima”, dijo Bonnefoy— que, concebida y practicada, enunciada y sin duda traicionada de diversos modos por unos y otros, tuvo en Jacques Dupin una de sus manifestaciones extremas. Voluntad antirretórica, anhelo de materialidad, conciencia de moverse en los límites del sentido, rechazo del discurso y de la anécdota, atracción por lo fragmentario.

Enemigo de todo sentimentalismo (“los tiernos rosales son un obstáculo para la vista”), renuente a cualquier efusión, contenido siempre y engañosamente impersonal (aunque se diría que por sus páginas transitan las figuras erguidas y descarnadas de Giacometti), el lenguaje áspero y árido de Dupin traza un paisaje abrupto que tiene la desolación de un osario. Paisaje mental pero también físico: es el de su región natal, el de las primeras líneas de su poesía, y el de pocos poetas podría

tan fácilmente dibujarse. ¿De quién son esos huesos, de qué son esas ruinas? Del poeta mismo (“no se puede escribir sino habiendo muerto”, escribió) y de la civilización a la que pertenece, pero también del lenguaje mismo y de la poesía.

Jacques Dupin escribió mucho y con mucha penetración e inteligencia sobre el arte y la poesía de su tiempo pero sentía un vivo rechazo por la teoría —esa fiebre intelectual de las últimas décadas—. Pensaba que el poeta y el artista debían cuidarse de la especulación, no obstante sus poemas son un ejercicio intelectual no menos que sensorial. Su poesía es pensamiento y sus ideas son sus visiones. Las más penetrantes son a un tiempo oscuras e iluminadoras. ¿Cómo olvidar las primeras líneas de esta estrofa inicial de uno de los poemas de “Simios y moscas”?

Simio con el culo color de lila
yo flujo de ti —del peñasco
de los gritos sin voz

de recaída en simulacro
como tragedia

hasta torcer este sagrado cuello
demasiado humano
la estopa arde bajo la sábana
yo no soy el que ruge
sino en medio de la noche
la chispa
el silencio
de la supermosca del
muisimio
que alteran la luz
para incorporarla a su voz

Uno entre todos sus libros me es particularmente cercano: *Du nul lieu et du Japon*, fruto de una fascinación tan temprana como perdurable y en cuyo título la conjunción revela tanto una oposición como una identidad. Es la única ausencia que lamento en *El sendero frugal*, la inteligente antología muy bien editada y traducida por Iván Salinas (Ocelote/Gobierno del Estado de Puebla, 2010). —



FICUNAM
FEBRERO 21 / MARZO 03 2013
FICUNAM.UNAM.MX
3. FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE UNAM



CONACULTA



CRISIS

LAS VACAS GORDAS

☞ CARLOS FRANZ

La mitología griega cuenta que Zeus se enamoró de una princesa llamada Europa. Para capturarla se transformó en un toro blanco que surgió del mar y la raptó, llevándosela en sus lomos. En las representaciones más famosas del mito —las de Rembrandt y Tiziano— ese toro blanco, rollizo y de cuernos cortos, parece más bien una vaca gorda.

Ahora ese mito suena muy actual. “Las vacas gordas” de una prosperidad desatada e irresponsable raptaron a Europa, y están a punto de ahogarla en un mar de deudas.

Durante doce años y hasta hace poco, viví en Europa. Asistí a momentos que ahora me parecen premonitorios de esta decadencia. Premonición que podría interesar en Latinoamérica también. Porque acá vivimos a lomos de nuestras propias reses gordas, sin creer que puedan llegar a raptarnos.

Vivía en Berlín cuando se introdujo el euro, en enero de 2002. Hice fila en mi sucursal de la Deutsche Bank, en Ku’damm, para cambiar los billetes de marcos alemanes. Recuerdo la desconfianza de una pareja de ancianos delante de mí. Comentaban que ya estaban pagando los costos de la reunificación alemana y temían acabar financiando los costos de una unificación europea. “¡Vamos a pagar las fiestas de los italianos y las siestas de los españoles!”, protestaban. Esa pareja de viejitos, sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial, la derrota y la miseria, desconfiaban de la fiesta a la que los estaban invitando. Hoy Alemania sostiene casi sola la unión monetaria, porque un colapso de Grecia, Italia y España arruinaría también a sus bancos. Sospecho que, si aquellos viejitos aún viven, ya corrieron a sacar del banco sus euros, los cambiaron por monedas de oro, y las escondieron bajo el piso de su casa, como hacían antes de la guerra.

Viví en Londres, en 2002 y 2003, uno de los momentos más “sobregirados” de esa ciudad riquísima —y carísima—. Gobernaba el laborista Tony Blair. Yo tenía un amigo trabajando en la “City”, la capital financiera del mundo. Mi amigo, sobreexcitado y sobrepagado con suculentos bonos al final de cada ejercicio, me invitaba a excelentes restaurantes. Donde se reía a gritos de una posible burbuja financiera: “Las únicas burbujas son las de este *champagne*”, exclamaba, y me servía más. Después de la quiebra de Lehman Brothers se volvió a su país, suspirando: “Ya nunca será lo que fue.” La crisis pone sentimentales incluso a los financistas.

Llegué a vivir en España en 2004. Gobernaba Zapatero. O, más bien, ¡gobernaban las vacas gordas! Las vacas más gordas desde el Siglo de Oro, diría yo. Para un extranjero recién llegado, algo olía mal. ¿Cómo era posible que en un año se construyeran, solo en España, más metros cuadrados que en todo el resto de Europa? España vivía alegremente de la llamada “economía del ladrillo”.

“Hace trescientos años otros ladrillos enriquecieron y arruinaron a España: los lingotes de plata de Potosí”, objetaba yo, tímidamente. “Pero los ladrillos de buena tierra española son distintos”, me afirmaba un conocido periodista y escritor español, en el Hotel Hesperia de Madrid, chupando con frenesí su gran habano. No era para menos: acababa de ganarse como trescientos mil euros en un concurso literario. Sí, leyeron bien, no en la lotería sino en un concurso literario. Hoy lo cuento y nadie me cree.

Con esos “premios” —parte de una cultura general del subsidio fácil y rico para todos— pocos admitían que el vacuno gordo, en cuyos lomos montaban, pudiera raptar a España.

Confesaré que yo también monté en esa vaca. España, en mitad de la década pasada, es el único país donde parecía posible vivir “solo” de la escritura, aunque los derechos de autor no dieran para ello. Cada escritor era un Sancho exigiendo su ínsula Barataria: su premio literario

municipal, sus charlas improvisadas pagadas como clases magistrales, sus cursos de verano invitado a cuerpo de rey (aunque sin cacerías de elefantes, no exageremos).

A cambio de esa gordura, claro, intelectuales, políticos, empresarios, todos entregaron algo. Y ese algo, diría yo, fue un reblandecimiento general —nunca unánime— de las facultades autocríticas.

La crítica severa hacia los demás sobrevivió, porque es una sólida tradición española que compartimos los latinoamericanos. Pero la autocrítica, en cambio, casi desapareció. En derechas e izquierdas, en las élites y entre la gente común, la autocrítica, que es inseparable de la duda acerca del presente y la previsión del futuro, brillaba por su ausencia. Proliferó el vivir al día y pagar a crédito. La cultura del espectáculo grosero. Y todos a pedir subsidios, antes que ofrecer esfuerzos. Olvidamos que las vacas gordas siempre duran poco, desde que José las interpretó en la Biblia: “Y las vacas flacas y feas devoraron las primeras siete vacas gordas” (Génesis, 41, 20).

La leche de una res gorda es gorda también en colesterol. Consumirla tapa las arterias y hace perder el juicio crítico. La misma vaca enfermó de tanto beberla, se volvió loca y raptó a Europa. Ahora está tan flaca que se le secaron las ubres.

Atención, Latinoamérica, ten cuidado con tus vacas gordas. —

LITERATURA

HALICE 9000

☞ RODRIGO FRESÁN

Para sus cada vez más numerosos seguidores —y en especial para sus fans españoles—, la canadiense y duquesa de Ontario en el Reino de Redonda Alice Munro (Wingham, 1931) es como Billy Wilder o Bruce Springsteen. Nada de lo que haga estará mal y todo lo que hizo (aun en horas bajas o momentos irregulares) siempre será, como mínimo, algo rozado por la genialidad. Pero, se sabe, ningún genio es genial todo el tiempo. Lo



+La escritora Alice Munro.

que no ha impedido –como ya ocurrió en inglés– que la decimocuarta colección de sus cuentos, *Mi vida querida* (Lumen publicará la traducción al español en marzo), sea recibida con fuegos artificiales, aleluyas sinfónicas y corales, el infaltable “Chejov con faldas”, histeria cuasi religiosa, etc. Incluso Jonathan Franzen se permitió años atrás –en un ensayo incluido ahora en su *Más afuera* (Salamandra, 2012)– exagerar a su favor la condición “de culto” de la gran maestra para así, con su característica humildad (Franzen es el Cristiano Ronaldo de las letras *made in USA*; el espectro de David Foster Wallace vendría a ser Lionel Messi), casi atribuirse su descubrimiento más allá de que, de un tiempo largo a esta parte, Munro aparezca, octubre tras octubre, en las quinielas del Nobel.

¿Y festejo merecido? Sí. ¿Un tanto exagerado? También.

Porque *Mi vida querida* no es *Las lunas de Júpiter* (Debolsillo, 2010) o *Amistad de juventud* (Debolsillo, 2010) o *Secretos a voces* (RBA, 2008) u *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio* (RBA, 2005), del mismo modo que *Aquí un amigo* no es *El crepúsculo de los dioses* y *Human Touch* no es *Born to Run*. Y digámoslo también: el mejor relato escrito por Munro no solo no alcanza las alturas de “Adiós, hermano mío”

o “El marido rural” de John Cheever sino que, además, su corona es disputada. Para muchos, por el irlandés William Trevor (otro dedicado narrador de su patria chica). Para algunos, entre los que me cuento, por Mavis Gallant: otra anciana dama canadiense cuya megaantología de relatos (también en Lumen, en el 2009) pasó incomprensible e injustamente sin pena ni gloria entre nosotros.

Pero las loas reflejas y automáticas (que la han ascendido, cortesía de escritores en nuestro idioma, al mismo sitio que alguna vez ocuparon Charles Bukowski o Raymond Carver como virus de alto contagio) resultan árboles que no dejan ver el bosque de algo mucho más interesante y poco común: el raro e infrecuente paisaje de una escritura y escritora rehaciéndose mientras se deshace. Me explico: Munro, octogenaria, ya había avisado de su retiro en el 2006 con la publicación de esa magnífica y fragmentaria autobiografía inventada que fue *La vista desde Castle Rock* (RBA, 2008). Entonces –lo afirmó en entrevistas– cerraba el círculo regresando a las historias de sus antepasados entretejiéndolas con la propia historia. Y adiós a todo eso. Pero no. Munro siguió escribiendo y así llegaron en el 2009 *Demasiada felicidad* (Lumen, 2010) y ahora *Mi vida querida*, títulos que parecen retratar tanto a alguien que dice gracias como a quien se aferra con uñas y dientes al borde de un precipicio. Y parece que esta vez va en serio. Según sus palabras a *The New Yorker* –su alma máter–, Munro, menos histriónica que Philip Roth a la hora de la retirada, dice que hasta aquí llegó: “Ahora es verdad. Ya tengo ochenta y un años. Se me olvidan con cada vez más frecuencia nombres y palabras, así que...” Y no cuesta nada creerle. Porque en *Demasiada felicidad* y *Mi vida querida* –el síntoma y la fuga ya comenzaban a detectarse e insinuarse en *Escapada* (2004; RBA, 2005)– algo ha cambiado para siempre. Algo que ya no podrá volver a cambiar porque no queda demasiado. Ya no parece haber espacio o tiempo para esas historias

de prosa serpenteante que parecían abrirse ante nosotros, con modales de origami, como novelas comprimidas, abarcando años. Ahora es un mismo tono, un mismo lenguaje, las palabras justas. Ahora son apenas escenas, momentos, sensaciones que se revelan como polaroids lentas y breves. Despedidas, sí. Lo único abrupto son ciertas acciones, más incoherentes que inesperadas, marcadas como por el ritmo de eficientes corazones artificiales. Algunos personajes hacen cosas raras sin explicación ni motivo. Algunos desenlaces suceden páginas antes de acabar y lo que sigue es como una suerte de coda en susurros. Y, si en *Demasiada felicidad* destacaba esa inesperada rareza –el cuento que daba nombre al libro, en el que la Munro revisitaba la historia verdadera de la matemática y novelista rusa de finales del XIX Sofia Kovalevski–, en *Mi vida querida* todo parece especialmente diseñado y ubicado para no molestar; para provocar en el fiel lector esa ambigua sensación de *déjà vu* que lo hace sentirse feliz experto y especialista e iniciado en el misterio. La otra cara de este efecto es que aquí –en relatos medulares desde señas como “Orgullo” o “Tren” o “Amundsen” o “Voces” o “Corrie” o “Dorrie” o “Noche” o “El ojo”– Munro ya no tiene nada nuevo ni nada más que contar pero, paradoja de paradojas, termina contándonos, magistralmente, exactamente eso. Y lo hace en cuatro textos de cierre donde se nos ofrecen “las primeras y las últimas –y las más íntimas– cosas que tengo que decir sobre mi propia vida”. Y, allí, también nos advierte de que “no son cuentos exactamente”. Son y es, a su manera, una nueva Munro. Es la última Munro. Es la Munro que ya no es la que fue pero que nos recuerda cómo era. Una Munro que –como aquella sentimental supercomputadora HAL 9000 de 2001: *Una odisea del espacio*– lo siente todo y siente tanto el disolverse de su memoria recordando frente a nosotros –astronautas impiadosos e insensibles pero admirados– mientras la oímos cantar una inolvidable y vieja y querida y definitiva canción. –